

# AMÉRICA LATINA EN LA GEOPOLÍTICA DEL IMPERIALISMO

**Atilio A. Boron**

*Premio Libertador al Pensamiento Crítico*



# PREFACIO

a la primera edición chilena

EL PRÓLOGO ESCRITO PARA LA EDICIÓN DEL 2014 DE ESTA OBRA ACTUALIZÓ algunos de los desarrollos más importantes que tuvieron lugar en la escena internacional desde la finalización de la redacción de este libro —a mediados del 2012— hasta la fecha de su cuarta edición, precisamente en el año 2014. Sin embargo, la edición programada para ser puesta a disposición del público chileno hacia finales del 2016 nos impone la necesidad de escribir unas pocas líneas más para dar cuenta de algunos acontecimientos que aceleraron y profundizaron las tendencias discernidas en aquel escrito.

13

La más importante de ellas, sin duda, ha sido la ratificación del rumbo declinante del imperio norteamericano. No quedan ya rastros del ingenuo “super-optimismo” (la expresión es de Zbigniew Brzezinski) que prevaleció en la escena pública estadounidense a partir del derrumbe de la Unión Soviética y la desintegración del —a esas alturas— deshilachado “campo socialista.” Si en aquel momento la idea del “mundo unipolar” capturó la imaginación tanto de gobernantes, expertos y público en general, el humor que hoy predomina en esos campos es la nostalgia por una relación de poder global que se debilita lenta e inexorablemente y donde la omnipotencia y la confianza de antaño han cedido lugar a la inseguridad e incertidumbre. El amplio impacto que ha tenido la consigna electoral del candidato del Partido Republicano Donald Trump: “make America great again”, convocando a la ciudadanía a embarcarse en un proyecto que reconstruya el poderío perdido en el ámbito global expresa con claridad este nuevo estado de ánimo social.

Claro está que la decadencia imperial no significa, como muchos suponen, que el debilitamiento de la hegemonía estadounidense —cada vez más “dominación” militar y menos “dirección intelectual y moral”, para hacer uso de las célebres categorías gramscianas— pueda ser un factor de moderación de las tendencias más agresivas y salvajes de la política norteamericana. Más bien sucede exactamente lo contrario, no tanto como producto de la idiosincrasia

de ese país sino porque da cumplimiento a una regularidad sociológica que se ha verificado, sin excepción, en las crónicas de todos los imperios. Existe entre los historiadores un consenso generalizado en el sentido que sus fases más violentas fueron aquellas en las cuales dio comienzo su descomposición. Esto fue así en el caso del imperio Español en América, y también en el de los imperios Otomano, Británico e, inclusive, retrocediendo en la historia, en los casos del imperio Romano. El caso del imperio Francés es particularmente ilustrativo: las atrocidades perpetradas en Argelia al promediar el siglo xx no tienen precedentes en su historia colonial, y tuvieron lugar cuando ya Francia era miembro permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y signataria original de la Declaración Universal de los Derechos Humanos que se firmara precisamente en París el 10 de Diciembre de 1948.

14

La decadencia del imperio norteamericano se inscribe en la misma lógica. Pese a la desaparición del temible enemigo soviético y los tan publicitados “dividendos de la paz” resultantes de aquel desenlace, el imperio norteamericano no ha cesado de apelar a la violencia para mantener sus posiciones en el complejo tablero de la política y la economía mundiales. Para ello ha acrecentado enormemente el gasto militar. A los efectos de calcular sus reales dimensiones deben tomarse en cuenta los distintos componentes del gasto militar: aquellos directamente relacionados con el gasto de las operaciones bélicas, el armamento y su personal pero también otros de tipo indirecto, tales como los gastos originados en la atención médica y psicológica del personal militar herido en las distintas misiones (la ex VET, Veteran Administration elevada ahora, dado el enorme presupuesto que insume, equivalente al gasto militar de China, a la categoría de Departamento de Asuntos de Veteranos). También es preciso añadir el pago de los “asesores” desplegados en distintos teatros de operaciones, eufemismo para referirse a los mercenarios y tropa tercerizada cuyo número es cada vez mayor; los “gastos de reconstrucción” de la destrucción que producen las fuerzas armadas estadounidenses y cuyos mayores beneficiarios son las empresas asociadas al “complejo militar-industrial” como Halliburton, uno de cuyos principales accionistas era el ex vicepresidente de George W. Bush, Richard “Dick” Cheney; y otros emolumentos también indirectamente relacionados con el gasto del Pentágono, como proyectos especiales de investigación y desarrollo de nuevos tipos de armas o equipo militar. Una vez debidamente tenidos en cuenta todos estos componentes el total del gasto militar de Estados Unidos supera la supuestamente infranqueable barrera del billón de dólares, es decir, un millón de millones de dólares en lengua castellana. Según el Informe del Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI) el gasto militar mundial del año 2015 ascendió a 1,77 billones de dólares. La asimetría del gasto

militar entre Estados Unidos y el resto de los países es apabullante. Por otra parte, los datos oficiales del Pentágono sobre el número y la localización de las bases militares estadounidenses en el exterior —y las muy fundadas sospechas de un cierto número no declaradas, o de carácter secreto, ocultas a veces bajo coberturas como la DEA (Drug Enforcement Agency)— permite llegar a la conclusión de que Washington dispone de poco más de un millar de bases militares de distinto tipo (tema que es examinado detalladamente en nuestro libro) en los cinco continentes. Autores como Chalmers Johnson o Tom Engelhardt han hecho aportes definitivos para fundamentar esta conclusión.

Retomando el hilo de nuestra argumentación, si algo ocurrió desde la edición original de este libro y desde la redacción del Prólogo del 2014, fue una notable exasperación de esas tendencias y sus reflejos e impactos en la política hemisférica. El desplazamiento del poder internacional y del centro de gravedad de la economía mundial desde el Atlántico Norte hacia el Asia Pacífico aceleró su paso en los últimos dos años, obligando a Washington a declarar que Estados Unidos también es una “potencia del Pacífico”. De hecho, la fuerza naval de ese país ha experimentado una significativa reorientación concentrando cada vez más unidades en el Pacífico Oriental, estableciendo dos nuevas bases en Australia y forzando la derogación del artículo de la Constitución del Japón que prohibía la salida de las tropas de ese país del territorio nacional. Según declaraciones oficiales del Pentágono se estima que para el 2020 el 60 por ciento del poderío naval de Estados Unidos se encuentre estacionado en esa zona. A su vez, el ultra-neoliberal Tratado Trans Pacífico excluye nada menos que a China, la mayor economía del mundo (al menos cuando se la mide según la paridad del poder de compra, tal como lo hace el FMI) a la que se la intenta cercar con un anillo de países hostiles a Beijing o al menos cómplices en mayor o menor grado de Washington. El histórico acuerdo comercial a largo plazo firmado en Mayo de 2014 por Rusia y China para la provisión del gas ruso por un valor de 400.000 millones de dólares y la creación, ya a fines del pasado siglo (1996), de la “Organización de Cooperación de Shanghái”, integrada originalmente por China, Rusia, Kazajistán, Kirgistán y Tayikistán y la posterior incorporación de Uzbekistán y, sobre todo, de India y Paquistán, ingresadas en 2016 precipitaron la nerviosa respuesta norteamericana, produciendo este desplazamiento sin precedentes de su poder naval de fuego hacia la zona del Asia Pacífico.

Por si lo anterior no fuera por demás preocupante la fuerte tendencia de los gigantes asiáticos —en términos demográficos pero cada vez más también en lo económico— a fortalecer su unidad tiene como contrapartida la acelerada descomposición de la Unión Europea, de la cual el Brexit británico es apenas la punta del iceberg. Tendencias centrifugas vienen manifestándose en Bruselas

desde hace mucho tiempo, consecuencia de las brutales presiones de la crisis general del capitalismo y sus políticas de ajuste, el auge de un populismo de derecha, del racismo y de la crisis humanitaria desatada en Medio Oriente, especialmente en Siria, a causa de las políticas de Occidente y que tienen como resultado un flujo sin precedentes de refugiados que golpean las puertas de Europa y que los países que la componen carecen de una respuesta coherente y unitaria. Crisis que se potencia por la incontenible migración procedente del África Subsahariana, donde millones abandonan las antiguas colonias europeas y se dirigen hacia sus metrópolis de antaño, en un torrente creciente e incontenible que tensa las contradicciones entre los componentes de la Unión Europea. Es decir que mientras Asia consolida sus políticas de integración lo opuesto ocurre en la región que fue cómplice permanente de cuantas trolepías Washington cometiera en el resto del mundo.

16

En este marco no debería sorprender a nadie la proliferación de conflictos armados en los más apartados rincones del planeta. En Medio Oriente, y hoy principalmente en Siria, se produjeron una serie de desastres en cadena comenzando por Irak, siguiendo por Libia y llegando ahora al paroxismo en Siria, en donde la política de Estados Unidos (Hillary Clinton dicit) “se equivocó al elegir a los amigos”, que rápidamente dejaron de ser combatientes de la libertad para convertirse en los feroces fanáticos del Estado Islámico. El desastre humanitario que Estados Unidos, la Unión Europea y el brazo armado de ambos, la OTAN (la organización criminal más poderosa del mundo), produjeron en esa parte del mundo es imperdonable y, desgraciadamente, irremediable. Difícilmente esos países puedan volver a ser lo que eran antes de la “intervenciones humanitarias” de Occidente. Y el desenlace de la crisis siria todavía está por consumarse, y podría ser una sorpresa mayúscula para Washington y sus compinches, habida cuenta del creciente protagonismo que en la misma están teniendo Rusia y China.

Hay un segundo frente bélico en el corazón mismo de Europa: Ucrania. Allí los socios occidentales consumaron una temeraria provocación: instrumentar un golpe de estado contra un gobierno legítimamente electo y así reconocido por la propia Unión Europea a los efectos de instalar en su lugar a un gobierno amigo de Bruselas y Washington, que abriese la puerta a los intereses corporativos europeos y norteamericanos y, sobre todo, que autorizase el ingreso de tropas de la OTAN para ser desplegadas en la crucial frontera ruso-ucraniana. El objetivo: cerrar el círculo de bases militares y emplazamientos de tropas a lo largo de toda la frontera rusa con los países de Europa Oriental, controlándola desde el Báltico hasta el Mar Negro. En un gesto expresivo de la desesperación imperial, Washington envió a Kiev nada menos que a su

Secretaría de Estado para Asuntos Euroasiáticos, Virginia Nuland, que alternó con las bandas de neonazis que pusieron sitio a la casa de gobierno en Kiev y piedadamente les repartía agua y panecillos para colaborar en sus siniestras intenciones. Este gesto, que habla de un intervencionismo solo excepcionalmente visto en el pasado, demuestra el grado de profunda irracionalidad de la Administración Obama en este punto, lo que fue señalado inclusive por un analista de orientación conservadora, el profesor John Mearsheimer, de la Universidad de Chicago quien en un artículo publicado en el *Foreign Affairs* directamente culpó a Occidente por la crisis en Ucrania. Este profesor se sorprende que la reacción de Moscú haya apenas sido la recuperación de Crimea cuando, según sus palabras, podría haber llegado a consumir una invasión rusa a Ucrania y el aplastamiento militar del nuevo régimen. Esto es lo que Estados Unidos hubiera hecho —afirma Mearsheimer— si Rusia hubiera promovido un golpe de estado en México desplazando a un gobierno pro-norteamericano e instalando en su lugar a un proxy de Moscú que abriese las puertas a las tropas rusas y las desplazara a la frontera con los Estados Unidos. En todo caso, y más allá de estos aspectos, lo que es evidente es que la provocación occidental a la segunda potencia nuclear del planeta puede culminar en el estallido de una Tercera Guerra Mundial. Esta es la preocupación que el Papa Francisco ha manifestado en más de una ocasión.

17

El tercer frente de conflicto todavía no ha llegado al nivel del enfrentamiento bélico directo. Pero la situación en el Mar del Sur de la China es de una gravedad potencial extraordinaria porque pondría frente a frente al principal aliado estadounidense en el Asia Pacífico, Japón, y a la mayor economía del mundo (o, en todo caso, la locomotora económica del planeta), desencadenando un conflicto cuyas ramificaciones podrían incendiar toda la región. No es un dato menor que el gigante asiático ha lanzado un intensivo programa de construcción de portaaviones, que en pocos años más sumará cuatro al único hasta ahora existente. Se trata, como todos saben, de un arma eminentemente ofensiva, lo que revela un cambio significativo en la doctrina militar china que, hasta hace pocos años, tenía un sesgo eminentemente defensivo. Las cosas han cambiado y Beijing se propone proyectar su influencia más allá de sus costas, reaccionando de este modo a los planes norteamericanos de controlar en su exclusivo beneficio las rutas marítimas de la región, y en especial el estratégico estrecho de Malaca, paso obligado para todas las naves que transitan entre el Océano Índico y el Pacífico y que se dirigen hacia los puertos chinos.

Estas recientes transformaciones de la escena internacional explican el creciente nerviosismo de Washington y fortalecen la percepción de que la superpotencia ya no puede, como antaño, ordenar el mundo a su imagen y semejanza. Este se ha hecho mucho más complejo desde el derrumbe del bipolarismo.

Los devastadores efectos de la crisis general del capitalismo potenciaron el “desorden” mundial que se venía gestando desde antes, a lo que se agrega la ominosa proliferación de actores estatales y, sobre todo, no estatales, en capacidad de infligir serios daños a las partes involucradas en el conflicto, todo lo cual coloca a Estados Unidos y sus aliados frente a inéditos desafíos. El enorme aparato militar norteamericano, costosa fuente del “keynesianismo militar” necesario para mantener un cierto nivel de actividad económica, ha demostrado ser incapaz de ganar guerras. Empató en Corea, perdió en Vietnam, ganó la primera guerra del Golfo en Irak, pero empató y con sabor a derrota en la segunda y mucho más larga (donde quedó en el poder una coalición anti-norteamericana), no se atrevió a atacar a Irán y está siendo derrotado en Afganistán. Sus victorias más claras son las que obtuvo en el hemisferio: contra los rebeldes en República Dominicana, en 1965; contra el gobierno de la minúscula isla de Granada, en 1983 y, tras fieros combates, contra la población civil que resistió la invasión de Panamá en 1989. Un record que no es precisamente para enorgullecerse. Como tantas veces lo recordara Noam Chomsky, Estados Unidos solo le hace la guerra a países pobres y debilitados. Nunca se mide con alguien que aunque sea de lejos se acerque a su fortaleza.

Ante esta situación, Washington redobla sus esfuerzos para recolonizar América Latina y el Caribe, procurando recuperar el control perdido desde finales del siglo pasado. Tal como lo expresaran en innumerables oportunidades Fidel Castro y Ernesto “Che” Guevara, nuestra región es la reserva estratégica del imperio, su hinterland no negociable rico en toda clase de recursos naturales, desde agua hasta petróleo, pasando por minerales estratégicos de crucial importancia para el complejo militar-industrial, biodiversidad, alimentos y diversas fuentes de energía. Además, según la doctrina militar establecida desde hace casi dos siglos, la seguridad nacional de Estados Unidos depende de la estabilidad y la sumisión de las convulsas regiones al sur del río Bravo y del Mar Caribe. Esto puede parecer una exageración pero lamentablemente es una verdad ratificada por una hilera interminable de invasiones, agresiones e intervenciones de todo tipo en los procesos políticos internos de nuestros países. El significativo cambio en el mapa sociopolítico latinoamericano que tuvo lugar desde finales de 1998 con el triunfo de Hugo Chávez Frías en las elecciones presidenciales de Diciembre de ese año en Venezuela y que produjo un virtuoso efecto dominó cuyas consecuencias todavía hoy están a la vista, fue un duro golpe a los planes del imperio. De hecho, la inesperada derrota del CELAC en Mar del Plata en Noviembre del 2005 echó por tierra al principal componente de la estrategia hemisférica para la primera mitad del siglo actual. Washington cometió un error garrafal al subestimar el impacto de la prédica de Chávez en

pro de la unidad latinoamericana y su inmensa capacidad para articular consensos aún entre actores estatales poco propensos a aceptar sus planteamientos. Y el bolivariano, una verdadera fuerza de la naturaleza, fue el líder indiscutido en la batalla contra el ALCA arrastrando tras de sí nada menos que a Luiz Inacio “Lula” da Silva y a Néstor Kirchner, quienes al principio habían guardado prudente distancia de sus definiciones antiimperialistas. No solo eso, Chávez pudo también lograr el milagro político de la creación de la UNASUR, donde hasta su archienemigo Álvaro Uribe Vélez aprobó el ingreso de Colombia a la organización. Lo mismo ocurriría años más tarde con la creación de la CELAC.

Esta inédita floración de gobiernos progresistas y de izquierda desató un primero sorda y luego estentórea contraofensiva norteamericana que transitó por diversos senderos. Golpe militar clásico en Venezuela, 2002, derrotado por la impetuosa reacción de los sectores populares. Paro petrolero en ese mismo país, desde finales del mismo año hasta marzo del 2003, también derrotado. Distinta suerte corre Jean-Bertrand Aristide, desalojado del poder en Haití mediante un golpe de estado en el año 2004. En 2008 se desata una brutal ofensiva contra el gobierno de Evo Morales en Bolivia, con un plan de acción que contemplaba no solo la destitución del presidente sino también la partición de Bolivia en dos partes: el Altiplano indígena y pobre, y el Oriente rico y más desarrollado. A tal efecto Washington destinó como embajador a un experto en particiones territoriales: Philip Goldberg, que había sido uno de los artífices de la partición de la ex Yugoslavia. La movida fue frustrada por la fulminante reacción de la UNASUR, cuya secretaría pro t mpore estaba en manos de la presidenta de Chile Michelle Bachelet. Pero al año siguiente el imperio se anotar a una victoria al deponer, por la vía de un “golpe blando” (basado en el activismo judicial y mediático) al presidente Mel Zelaya de Honduras, país que tiene en Palmerola una de las bases militares más importantes de Estados Unidos en Centroamérica. En el 2010 el objetivo fue el derrocamiento de Rafael Correa en Ecuador, frustrado otra vez por la reacción popular. Sin desalentarse, la Administración Obama vuelve a la carga y en 2012 logra instrumentar otro “golpe blando” contra Fernando Lugo en Paraguay, que pese a la activa mediación de la UNASUR para preservar su gobierno, decide entregarse a manos de sus corruptos oponentes sin oponer resistencia. Poco a poco el bloque de gobiernos progresistas y de izquierda se va debilitando. La agonía y muerte de Chávez —en realidad un asesinato cometido con un alto nivel de sofisticación biotecnológica, como no tardaría en revelarse— desencadenó una brutal ofensiva contra el gobierno de Nicolás Maduro, al paso que Cristina Fernández en la Argentina y Dilma Rousseff en Brasil, no por casualidad dos gobiernos que habían sido los aliados fundamentales de Chávez en la derrota del ALCA, comenzaron a ser



implacablemente acosados por una oposición asesorada, organizada y financiada desde las principales usinas desestabilizadoras de Washington: la USAID, la NED, Human Rights Watch, la SIP y, por supuesto, la OEA, junto al impresionante monopolio mediático gráfico y televisivo que el imperio construyó pacientemente a lo largo de la última década.

La situación actual puede ser adecuadamente caracterizada como una verdadera contraofensiva restauradora. Así lo han expresado varios presidentes y altos funcionarios de la región. Cabe preguntarse: ¿cuál es el horizonte político de esa restauración, en línea con la consigna de hacer que los Estados Unidos “vuelvan a ser grandes otra vez”, como vocifera Donald Trump? La respuesta es cristalina: volver a la América Latina y el Caribe existentes en vísperas de esa profunda hendidura histórica que fue la Revolución Cubana. Es decir, un continente alineado sin fisuras con las prioridades de Washington, integrado en sus alianzas globales, solidario con sus guerras, solícito con sus exigencias y dispuesto a hacer suya la agenda internacional del imperio aún a costa de sacrificar sus intereses nacionales y las vidas de sus habitantes. Ese es el plan de acción, la hoja de ruta. Los gobiernos progresistas y de izquierda se han debilitado a causa de recesión mundial, la caída en los precios de las commodities latinoamericanas, la pertinaz ofensiva norteamericana, el acoso de los aliados europeos de Washington y los problemas propios de esos gobiernos. Entre estos cabe señalar un variable nivel de desencanto ante las promesas incumplidas de la democracia, en algunos casos por los devastadores efectos de la corrupción administrativa, la ineficiencia en el manejo de la crisis económica y la pérdida del impulso original desde la base debido al cansancio de una opinión pública ganada por las supuestas virtudes de la “alternancia” y el “cambio”. Es debido a ello que aún gobiernos que hicieron una notable labor de promoción social se encuentren al cabo de un tiempo con sociedades que lejos de querer continuar el rumbo de los últimos años sienten una irrefrenable pasión por cambiar, sin saber por qué, para qué y en qué dirección. Esta es una de las claves que permite entender la sorprendente derrota del kirchnerismo en la elección presidencial argentina de Noviembre del 2015 y las sucesivas derrotas en elecciones parlamentarias en Bolivia, Venezuela y Colombia (la alcaldía mayor de Bogotá). En síntesis: la suerte de esta oleada restauradora todavía es incierta. La ralentización, cuando no la parálisis en algunos casos, del impulso ascendente que instaló en las alturas del Estado a diversas fuerzas progresistas y de izquierda es inocultable. Pero también lo es la deslegitimación política sin precedentes de gobiernos como los de México, Colombia, Perú y Chile, no por casualidad socios ejecutores de la Alianza del Pacífico pergeñada por Washington para bloquear y revertir la creciente influencia de China en América Latina. No es un dato menor que al menos en dos casos, México y

Colombia, los diagnósticos de los politólogos coinciden en su caracterización como “narcoestados” debido a la verdadera metástasis que el narcotráfico ha producido en las estructuras estatales. Es poco probable que una coalición en la cual dos de sus cuatro integrantes merezcan esa calificación pueda despertar la confianza y el entusiasmo de los pueblos de la región, para ni hablar de los principales actores del sistema internacional.

Si bien hay suficientes razones para preocuparse por la virulencia de la contraofensiva restauradora no es menos cierto que estos últimos quince años no han pasado en vano y que los cambios en la mentalidad, la ideología o el imaginario de los sectores populares latinoamericanos los ha tornado más refractarios a la propaganda del imperio y a los cantos de sirena del neoliberalismo. En estas casi dos décadas hubo un aprendizaje popular que mal podría ser subestimado en sus alcances y consecuencias. A diferencia de lo ocurrido en los años noventas del siglo pasado, cuando el neoliberalismo avanzaba raudo sobre las ruinas del campo socialista, hoy la desilusión y el resentimiento ante sus políticas sacude el corazón mismo de las metrópolis capitalistas, tanto en Europa como en Estados Unidos. Por lo tanto, lo que nos espera es un nuevo ciclo de luchas, con un resultado abierto y que solo espíritus dogmáticos de uno u otro lado podrían considerar predeterminado. Ni el triunfo de la izquierda es seguro, como producto de un ciego determinismo histórico que le garantizaría su victoria bajo cualquier circunstancia, ni tampoco lo es el de la contrarrevolución neoliberal, que tropieza con inéditos obstáculos que bien podrían frustrar sus propósitos. La vieja letanía del “fin de las cosas” —de la ideología, como aseguraba Daniel Bell en los años sesentas, o de la historia, como pregonaba Francis Fukuyama en los noventas— ha sido definitivamente refutada por el veredicto de la historia. Por eso hoy es más cierto que nunca aquel viejo aforismo de la política que dice que no hay peor batalla que la que no se libra. La izquierda debe afinar sus instrumentos de lucha, mejorar sus capacidades y formatos organizativos, profundizar la educación política y la concientización de las masas y actuar con inteligencia estratégica y táctica ante cada desafío de la coyuntura. Este es un plan de acción posible y fecundo. El libro que el lector tiene ahora en sus manos pretende ser una modesta contribución a estos propósitos.

# PREFACIO

a la cuarta edición argentina

UNA NUEVA EDICIÓN DE ESTE LIBRO, LA CUARTA, NO PUEDE VER LA LUZ PÚBLICA sin el añadido de algunas pocas páginas destinadas a pasar revista a las vertiginosas transformaciones que han conmovido al sistema internacional desde el momento en que concluyera su redacción original, en agosto de 2012.

23

## **ASPECTOS DE LA TRANSICIÓN GEOPOLÍTICA GLOBAL**

El presidente ecuatoriano Rafael Correa sintetizó elocuentemente este conjunto de fenómenos al decir que “no vivimos una época de cambios sino un cambio de época”, algo totalmente distinto. Un cambio de alcance global, que desencadena desajustes y reacomodos en las turbulentas aguas del sistema internacional, en donde el injusto y anacrónico (des)orden mundial y las anquilosadas jerarquías y prerrogativas construidas por el imperialismo son desafiadas por la proliferación de inéditas coaliciones y nuevos actores globales —estatales y no estatales— y por los antiguos anhelos de los pueblos de la periferia que irrumpen con fuerza inusitada en el escenario de la historia. Épocas, como lo recordaba Antonio Gramsci en sus estudios sobre la realidad política italiana, en las cuales lo viejo no termina de morir y lo nuevo no acaba de nacer y que por eso mismo pueden dar origen a toda clase de aberraciones. Una sobria lectura de los acontecimientos mundiales en curso comprueba lo cierto en que estaba el fundador del Partido Comunista Italiano al formular sus observaciones acerca de las monstruosidades que pueden ocurrir en esas fases de rápido viraje histórico, especialmente en el siempre inestable, ferozmente hobbesiano, terreno de las relaciones internacionales.

Desde la publicación de la edición original de este libro una vertiginosa serie de cambios acentuó la volatilidad y, peor aún, la peligrosidad del sistema internacional. De modo sintético y a los efectos de proponer algunos ejes

argumentativos, plantaremos dos tesis principales: primera, la constatación del irreversible debilitamiento del poderío global de Estados Unidos como centro organizador del imperio. Segunda, y corolario de la anterior, la ratificación histórica de que en su fase de descomposición los imperios se tornan aún más agresivos y sanguinarios que durante sus períodos de ascenso y consolidación.

En relación con la primera proposición, un dato insoslayable es el evidente debilitamiento de la otrora incontrastable primacía de los Estados Unidos en el sistema internacional, reconocido no solo por los pensadores y luchadores antiimperialistas sino, incluso, por algunos de los más encumbrados intelectuales orgánicos del imperio como Zbigniew Brzezinski y, en menor medida, Joseph S. Nye Jr.<sup>1</sup>

El derrumbe de la Unión Soviética y la construcción de un orden unipolar hicieron que algunas mentes afebradas cercanas a la Casa Blanca (y sus epígonos en América Latina y el Caribe) creyeran que nos hallábamos en los umbrales de un “nuevo siglo americano”. Ese ingenuo “superoptimismo”, como tiempo después lo caracterizaría Zbigniew Brzezinski, era una mezcla de arrogancia e ignorancia que estaba llamada a durar por muy poco tiempo, tal como antes le ocurriera a las disparatadas tesis del “fin de la historia” predicadas por Francis Fukuyama.<sup>2</sup> Pero los atentados del 11 de setiembre

24

- 
1. La literatura sobre el “declinismo” estadounidense ha crecido de manera extraordinaria en los últimos años. Entre los que sostienen esta tesis ver, aparte de las obras ya citadas en nuestro libro, a Immanuel Wallerstein, “The Curve of American Power” en *New Left Review*, nº 40, jul-ago, 2006, pp. 77-94; Dilip Hiro, *After Empire: The Birth of a Multipolar World* (Nueva York: Nation Books, 2010) pp. 147-185; Paula Cerni, “Imperialism in the Twenty-First Century” en *Theory and Science*, Vol. 8, nº 1, 2006; Alfred W. McCoy, “The Decline and Fall of the American Empire: Four Scenarios for the End of the American Century by 2025” en *Huffington Post*, 6/12/2014; Steve Chan, *The us and the Power-Transition Theory: A Critique* (Londres: Routledge, 2008); Michael Mann, “The First Failed Empire of the 21st Century” en *Review of International Studies*, Vol. 30, nº 4, 10/2004, pp. 631-653; Emmanuel Todd, *After the Empire: The Breakdown of the American Order* (Nueva York: Columbia University Press, 2003); Francis Shor, *Dying Empire: us Imperialism and Global Resistance* (Nueva York: Routledge, 2010). Entre los intelectuales orgánicos del imperio que plantean, a su modo, los problemas de la declinación norteamericana recomendamos muy especialmente Zbigniew Brzezinski, *Strategic Vision. America and the Crisis of Global Power* (Nueva York: Basic Books, 2012). Joseph S. Nye Jr., a su vez, no puede eludir el tratamiento del tema pero siempre lo hace desde una perspectiva optimista que, en realidad, se parece mucho más a un empecinado negacionismo de los duros e incómodos datos de la realidad contemporánea; ver especialmente su *The future of power* (Nueva York: Public Affairs, 2011) especialmente pp. 153-204.
  2. Brzezinski, *Strategic Vision, op. cit.*, pp. 3.

de 2001 derrumbarían al unipolarismo norteamericano tan estrepitosa e irremediablemente como a las Torres Gemelas. En el período abierto a partir de esa fecha el sistema internacional presenta un rasgo absolutamente anómalo: un creciente policentrismo en lo económico, político y cultural coexistiendo, con progresiva dificultad, con el recargado unicentrismo militar estadounidense. En otras palabras: en los últimos años surgieron nuevos actores y nuevas realidades que hicieron del sistema internacional una arena más plural y equilibrada pero, paradójicamente, también más inestable que antes. Como respuesta a estos procesos, la Casa Blanca se olvidó de los “dividendos de la paz” —que según sus voceros se derramarían sobre el planeta una vez desaparecida la Unión Soviética— y en lugar de reducir su gasto militar lo acrecentó desorbitadamente, convirtiendo a las fuerzas armadas estadounidenses en una infernal maquinaria de destrucción y muerte que dispone de la mitad del presupuesto militar mundial. No existen antecedentes históricos de tamaña disparidad en el equilibrio militar de las naciones. No obstante, como lo ha señalado en más de una oportunidad Noam Chomsky, este aterrador poderío militar le permite a Washington destruir países pero no puede ganar guerras. Así lo demuestran la temprana experiencia de la guerra de Vietnam y, más recientemente, los fracasos de la Guerra de Irak (2003-2011) y de la aún en curso en Afganistán.

25

## **FACTORES ENDÓGENOS DE LA DECADENCIA**

Según el ya aludido Brzezinski, hay seis nudos problemáticos que, desde Estados Unidos, explican su declive.<sup>3</sup> Uno, el imparable crecimiento de la deuda pública (que ya supera a la totalidad de su producto bruto interno) que según este autor colocaría a ese país en una situación de crisis financiera semejante a la que en su momento sentenció el destino del imperio romano y, más recientemente, en el siglo xx, del británico. Dos, la perniciosa gravitación del capital especulativo y del mundo de las finanzas en general, causante de la crisis estallada en 2008 cuyas consecuencias económicas y sociales —que aún hoy se sienten con fuerza— han sido profundamente deletéreas para el conjunto de la población norteamericana. Tres, la creciente desigualdad económica y el estancamiento del proceso de movilidad social ascendente, que junto al factor antes mencionado deteriora el consenso democrático que garantiza la estabilidad del sistema. El coeficiente de Gini, que mide la desigualdad en materia de ingresos, sitúa a Estados Unidos en un nivel similar al de los países subdesarrollados,

---

3. *Ibid.* pp. 46-55.

y en una situación más desventajosa que Rusia, China, Japón, Indonesia, India, Reino Unido, Francia, Italia y Alemania. Cuatro, la obsolescencia de la infraestructura nacional: caminos, líneas férreas, puentes, puertos, aeropuertos y energía son otras tantas áreas fuertemente deficitarias y que comprometen seriamente la eficiencia global de la economía estadounidense en un mundo cada vez más competitivo. Un ejemplo, entre los muchos, es más que suficiente para corroborar este argumento: la “superpotencia” norteamericana no ha sido capaz de construir una sola milla de trenes de alta velocidad. China, en cambio, tenía construida al año 2012 una red de trenes de alta velocidad de 10.000 kilómetros de extensión, y espera llegar a 15.000 kilómetros hacia finales de 2015.<sup>4</sup> Cinco, y conviene tomar nota de esto, el alto nivel de ignorancia que el público norteamericano tiene en relación con el mundo. Una encuesta tomada en 2006 comprueba que un 63% de los entrevistados no podía identificar a Irak en un mapa; un 75% no hallaba a Irán y un 88% también fracasaba en su intento de localizar a Afganistán en momentos en que Estados Unidos se encontraba fuertemente involucrado en operativos militares en esa región y los medios de prensa nacionales reportaban a diario los episodios bélicos que tenían lugar en esos países. Lo anterior se explica —y también se agrava— por la ausencia de información confiable en materia internacional y accesible al público en general. Según Brzezinski solo cinco de los principales diarios estadounidenses ofrecen algo de información sobre asuntos del exterior, y ni los periódicos locales ni la radio o la televisión brindan cobertura alguna de cuestiones internacionales. La desinformación generalizada favorece la parálisis del sistema de partidos, y este es el sexto factor, que impide adoptar políticas creativas y eficaces para, por ejemplo, reducir el enorme déficit fiscal o discutir temas urgentes y fundamentales como la reforma del sistema de salud, la cuestión de la inmigración o la legislación relativa a la venta de armas.

## **EL PESO DE LOS DETERMINANTES EXTERNOS DE LA DECADENCIA**

Va de suyo que esta declinación del poderío norteamericano no se explica tan solo por aquellos factores endógenos. Hay un ambiente internacional que ha cambiado, y que acentúa la debilidad relativa de Estados Unidos en la arena mundial ante el creciente poderío de otros actores globales. Se han movido las “placas tectónicas” del sistema internacional, y a raíz de ello la posición relativa de Estados

---

4. Ver Tomgram: “Pepe Escobar, Who’s Pivoting Where in Eurasia?” en [www.tomdispatch.com/blog/175845/tomgram%3A\\_pepe\\_escobar\\_who's\\_pivoting\\_where\\_in\\_eurasia/](http://www.tomdispatch.com/blog/175845/tomgram%3A_pepe_escobar_who's_pivoting_where_in_eurasia/).

Unidos como potencia dominante se ha visto menoscabada. Sucintamente expresadas, las principales manifestaciones de este cambio epocal son las siguientes.

- a. El centro de gravedad de la economía mundial se ha desplazado del Atlántico Norte hacia el Asia Pacifico, y junto con él se ha producido un desplazamiento, si bien menos marcado del centro de gravedad del poder político y militar mundial.
- b. Se reconfiguran alianzas y coaliciones que reemplazan, solo en parte, a Estados Unidos como líder global. Washington se encuentra ahora con aliados más débiles, vacilantes o amenazados por fuertes impugnaciones “desde abajo” en Europa, Asia y Medio Oriente respectivamente. Y debe vérselas con rivales más numerosos y poderosos, con China y Rusia a la cabeza. Se trata de un listado cada vez más extenso de discípulos o rebeldes, entre los cuales no puede obviarse Irán, dada su enorme dotación de recursos energéticos de todo tipo; India, a su manera; Paquistán, dueño de un formidable arsenal nuclear provisto por Washington; Indonesia, Nigeria, Brasil y otras naciones que pugnan por lograr un nuevo lugar bajo el sol del sistema internacional.
- c. A lo anterior hay que agregar las devastadoras consecuencias de la actual crisis civilizatoria del capitalismo y sus impactos sobre el medio ambiente, la integración social y la estabilidad del orden político en el mundo de los capitalismoes desarrollados, todo lo cual ha contribuido a debilitar la primacía estadounidense.
- d. Los avances en los procesos de resistencia al imperialismo en América Latina y el Caribe —la derrota del ALCA es emblemática en este sentido— y el lento pero inexorable despertar político del mundo árabe y, en general, de los pueblos de la periferia, cuestión esta que un astuto observador (¡y protagonista!) como Brzezinski observa con mucha preocupación porque constituye otro de los factores de desestabilización del precario orden mundial actual.<sup>5</sup> Un orden mundial profundamente

---

5. Pocos le pueden disputar a Brzezinski el título de principal estrategia del imperio, con la posible excepción de Henry Kissinger. Pero a diferencia del primero, su influencia en las últimas décadas ha disminuido sensiblemente. Junto con Samuel P. Huntington, Brzezinski fue uno de los principales animadores de la Comisión Trilateral, Chairman del Consejo Nacional de Seguridad en los años de James Carter

injusto y predatorio que requiere cada vez más violencia para su sostenimiento en la medida en que se produce la activación política de grandes contingentes, sobre todo de jóvenes, que antaño mostraban una resignada aceptación del status quo.

28

Un documento del Departamento de Defensa de Estados Unidos revela claramente la percepción dominante sobre estos cambios al afirmar que “los Estados Unidos, nuestros aliados y socios enfrentamos un amplio espectro de desafíos, entre los cuales se cuentan las redes transnacionales de extremistas violentos, estados hostiles dotados de armas de destrucción masiva, nuevos poderes regionales, amenazas emergentes desde el espacio y el ciberespacio, desastres naturales y pandémicos, y creciente competencia para obtener recursos”.<sup>6</sup> En ese mismo año, el del estallido de la nueva crisis general del capitalismo, un documento del Consejo Nacional de Inteligencia admitía por primera vez en su historia que el poder global de Estados Unidos se hallaba transitando por una trayectoria declinante. En su informe *Global Trends 2025* afirmaba que “la transferencia de la riqueza global y el poder económico actualmente en curso, gruesamente desde el Oeste hacia el Este”, algo “sin precedentes en la historia moderna” ha sido un factor principal en el declive del “poder relativo de Estados Unidos, aún en el terreno militar”.<sup>7</sup> No sorprende, por lo tanto, que un memorándum de la Henry M. Jackson School of International Studies elevado a la Casa Blanca afirme sin ambages que Estados Unidos está en guerra, y que seguirá estándolo por muchos años más. Ese documento sintetiza elocuentemente los ominosos alcances de la militarización de las relaciones internacionales promovidas por un imperio amenazado cuando propone arrojar por la borda la diplomacia e invertir el orden establecido por los usos y costumbres internacionales a la hora de enfrentar un conflicto que antaño establecían la siguiente secuencia: primero la diplomacia, diálogo hasta el final y, si no hay más salida, apelar al uso de la fuerza pero sin violar los convenios internacionales que, aun en un conflicto armado, deben ser respetados (como por ejemplo los relativos al tratamiento de los prisioneros o la población civil, el tipo de armas que pueden utilizarse, etcétera). El docu-

---

y a partir de ese momento figura de consulta obligada y permanente miembro de diversas agencias, comisiones y grupos de trabajo de todos los gobiernos que se sucedieron en la Casa Blanca y sumamente activo en el mundo de los medios de comunicación, en los que su presencia es un dato cotidiano de la vida pública estadounidense.

6. Departamento de Defensa, *National Defense Strategy* (Washington) junio de 2008.
7. Ver National Intelligence Council, *Global Trends 2025. A Transformed World* (Washington DC: noviembre de 2008) p. vi.



mento enviado a la Casa Blanca revierte esa secuencia al recomendar, en cambio, “usar la fuerza militar donde sea efectiva; la diplomacia, cuando lo anterior no sea posible; y el apoyo local y multilateral, cuando sea útil”.<sup>8</sup> Si observamos lo ocurrido en los últimos diez o quince años en Irak, Afganistán, Libia y ahora Siria, y el enorme despliegue de bases militares norteamericanas en América Latina y el Caribe —amén de la IV Flota— comprobaremos que los consejos del memorándum han sido seguidos al pie de la letra por la Casa Blanca.<sup>9</sup>

Por supuesto, Estados Unidos conserva, aun en este complejo y amenazante escenario, una gravitación extraordinaria en la arena internacional, pero inferior a la que anteriormente gozaba. Sigue siendo la mayor economía del planeta, aunque China está a punto conquistar ese lugar en los próximos años; y a diferencia de cualquier otra gran potencia internacional, Estados Unidos tiene fronteras seguras, muy seguras, con Canadá y México, dos países en los cuales gracias al ASPAN (Acuerdo de Seguridad y Prosperidad de América del Norte) los aparatos de inteligencia y seguridad norteamericanos actúan abiertamente y sin ninguna clase de restricciones. Además su territorio está bañado por los dos mayores océanos del planeta, el Atlántico y el Pacífico. Ni Rusia ni China, sus dos principales contendores, pueden decir lo mismo: mantienen graves —si bien latentes— conflictos fronterizos con sus vecinos y su acceso a las rutas marítimas es mucho menos favorable que el que goza Estados Unidos. Por otra parte, este país dispone también de un formidable sistema científico-tecnológico, dueño de un enorme potencial a pesar de los signos que evidencian un claro retroceso en los últimos tiempos, y a diferencia de los europeos, la dinámica demográfica norteamericana se ha visto rejuvenecida por los torrentes migratorios del último medio siglo. Pero aun así los síntomas de la decadencia de su poderío en la escena global son inocultables.

## IMÁGENES DE LA DECLINACIÓN

Si retornamos una vez más a Brzezinski —y lo hacemos porque es el pensador mayor del imperio— es debido a que en el libro ya citado este autor esboza un sugestivo paralelismo entre la situación de la Unión Soviética en las dos décadas inmediatamente anteriores a su derrumbe y la que prevalece en estos momentos

---

8. Ver [https://digital.lib.washington.edu/researchworks/bitstream/handle/1773/4635/TF\\_SIS495E\\_2009.pdf?sequence=1](https://digital.lib.washington.edu/researchworks/bitstream/handle/1773/4635/TF_SIS495E_2009.pdf?sequence=1).

9. El último recuento de bases militares estadounidenses en América Latina y el Caribe, en agosto de 2014, indica que su número ha ascendido a 78.

en Estados Unidos.<sup>10</sup> En efecto, la Unión Soviética quedó prisionera de un sistema político incapaz de revisar y corregir sus políticas, y lo mismo ocurre hoy en Estados Unidos. Un ejemplo de los muchos: la obstinación con que se ha mantenido la política del bloqueo en contra de Cuba durante 55 años, pese a la incapacidad de dicha política para obtener el tan anhelado “cambio de régimen” en la isla.

Dos: Moscú se embarcó en una brutal expansión del gasto militar para competir con Estados Unidos cuando a comienzos de los años ochenta Ronald Reagan lanzó la Iniciativa de Defensa Estratégica, más conocida como la “Guerra de las Galaxias”. El resultado fue una interminable sangría financiera que debilitó irreparablemente a la ya alicaída economía soviética apresurando su derrumbe. No muy distinta es la situación de Washington en estos días, lanzado como está a una desbocada carrera armamentista que ha disparado su deuda pública y hecho que su presupuesto militar sea equivalente al del conjunto de las demás naciones del globo, habiendo superado una cifra considerada absolutamente inimaginable hace apenas una década: un billón de dólares, o sea, un millón de millones de dólares.<sup>11</sup>

Tres, nuestro autor recuerda que a partir de la Tercera Revolución Industrial (microelectrónica, informática, telecomunicaciones, ingeniería genética, nanotecnologías, etc.) la economía soviética comenzó a perder competitividad en áreas tecnológicas clave, al igual que está ocurriendo en Estados Unidos hoy. La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) creó un programa —PISA— para monitorear el aprendizaje de las matemáticas y otras disciplinas en distintos países. Si bien el PISA ha sido objeto de fundadas críticas, sobre todo cuando sus pruebas se aplican a las humanidades, en lo que hace a las matemáticas sus resultados son razonablemente confiables. En el estudio realizado en 2012 el puntaje obtenido por los estudiantes estadounidenses fue de 481, ¡por debajo del promedio a nivel mundial que fue de 494! Los cinco países cuyos estudiantes sacaron los mejores puntajes fueron todos asiáticos: China, Singapur,

10. Brzezinski, *Strategic Vision*, *op. cit.*, pp. 4-5.

11. Esta cifra surge cuando se suma al presupuesto del Departamento de Defensa una serie de gastos necesariamente relacionados con las actividades bélicas estadounidenses pero que no son tenidos en cuenta como “gastos militares” por los publicistas del imperio. Dos ejemplos de ello son el gigantesco presupuesto de la Administración Nacional de Veteranos, que tiene a su cargo la atención médica del personal militar herido en combate o desquiciado psicológicamente en el teatro de operaciones, y el destinado a las obras de “reconstrucción” de la infraestructura destruida por los bombardeos norteamericanos y cuya reparación es exigida por las autoridades militares en el terreno para viabilizar la ocupación del territorio por las tropas invasoras y la exacción de sus riquezas.

Hong Kong (también parte de China), Corea del Sur y Japón. Esto es apenas un indicio entre muchos otros (por ejemplo, que el famoso Silicon Valley deba gran parte de su éxito a la masiva incorporación de ingenieros e informáticos extranjeros; o que un número creciente de grandes empresas norteamericanas desplacen sus actividades hacia países asiáticos, que cuentan con una mano de obra tecnológicamente más sofisticada y barata). Datos más “duros” sobre esto proceden de un informe de la Harvard Business School que también confirma la pérdida de competitividad de la economía estadounidense y asegura que esto obedece, entre otras razones, a la ineficacia de su sistema político y a los graves problemas que afectan a su sistema educativo, “desde el jardín de infantes hasta la escuela secundaria”, con excepción de un puñado de universidades de elite.<sup>12</sup>

Cuatro, la precedente combinación de políticas produjeron, en el caso de la Unión Soviética, el deterioro en los estándares de vida de la población soviética ante la cínica insensibilidad de la nomenclatura, cada vez más enriquecida y que al producirse la desintegración de la URSS se apoderó de casi todas las empresas públicas de ese país. Esta polarización económica reaparece dramáticamente en Estados Unidos, con tanta fuerza que es motivo de reiterados lamentos presidenciales por las perniciosas consecuencias para la integración social y la estabilidad del consenso político. Un informe de las tendencias de casi treinta años relevadas por la Oficina de Presupuestos del Congreso concluye que “el ingreso neto (después del pago de impuestos) del 1% de hogares más ricos del país se incrementó en un 275% entre 1979 y 2007 [mientras que para] el 60% de la población que está en el nivel medio de los ingresos estos crecieron un 40%, al paso que para el 20% de los hogares más pobres el aumento de sus ingresos apenas fue del 18%”. La conclusión del estudio demuestra que la distribución del ingreso en los hogares estadounidenses “era sustancialmente más desigual en 2007 que en 1979, y que el 1% más rico acaparaba el 17% de todos los ingresos frente al 8% de tres décadas atrás”.<sup>13</sup> Un par de años después, en julio de 2013, Obama se lamentaba al comprobar que “el estadounidense promedio ganaba [en 2013] menos que en 1999, mientras que las ganancias para un alto ejecutivo habían aumentado un 40% en cuatro años”.<sup>14</sup> Se entiende muy bien la razón por

12. Ver “us economy losing competitive edge: survey” en [www.reuters.com/article/2012/01/18/us-corporate-competitiveness-idUSTRE80H1HR20120118](http://www.reuters.com/article/2012/01/18/us-corporate-competitiveness-idUSTRE80H1HR20120118).

13. Ver [www.ieco.clarin.com/economia/ricos-Unidos-triplicaron-ingresos\\_o\\_580142165.html](http://www.ieco.clarin.com/economia/ricos-Unidos-triplicaron-ingresos_o_580142165.html).

14. Ver David Osborne, “Obamaprometeelsueñoamericano”, en [www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-225212-2013-07-25.html](http://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-225212-2013-07-25.html).

la cual el movimiento ‘Ocupa Wall Street’, que conmovió a tantas ciudades de Estados Unidos, tenía como una de sus banderas la consigna “somos el 99%”.<sup>15</sup>

Cinco, finalmente, la URSS experimentó un progresivo aislamiento internacional impulsado por Occidente desde que se produjera el asalto al Palacio de Invierno, en octubre de 1917. En realidad, fue una abierta e implacable contraofensiva concebida para crear un “cordón sanitario” (en la elocuente terminología de la época) destinado a frenar la diseminación del virus revolucionario en Europa. El aislamiento se quebró en parte con el auge del nazismo y con el heroísmo soviético en la Segunda Guerra Mundial, pero renació con fuerza durante la Guerra Fría y, especialmente, luego de la invasión a Afganistán y la feroz arremetida lanzada por Estados Unidos en los años ochenta del siglo pasado. Esta contó con la indispensable colaboración del gobierno de Margaret Thatcher en el Reino Unido y el Papa Juan Pablo II, constituyendo junto a Ronald Reagan un tridente reaccionario de una virulencia pocas veces vista en la historia. Y no son pocos los ámbitos en los cuales Estados Unidos cae también en el aislamiento. Véase si no como pierde las principales votaciones en la Asamblea General de la ONU sobre temas acerca del bloqueo a Cuba, los derechos del pueblo palestino y tantos otros. Más recientemente, una iniciativa auspiciada por Washington y formalmente planteada por Panamá en el seno de la OEA, cuyo objetivo era ordenar a esta organización que interviniera en la situación política interna de Venezuela, fue derrotada de manera aplastante por 29 votos contra 3 (de Panamá, Estados Unidos y Canadá), otra muestra más del aislamiento político que la superpotencia padece en su propio hemisferio. Fuera de Nuestra América las cosas no son mejores: por ejemplo, pese a que en el año 2008 la Casa Blanca creó el AFRICOM, el Comando África de las fuerzas armadas estadounidenses (el equivalente de nuestro conocido Comando Sur), no ha habido hasta el momento de escribir estas líneas un solo país africano que se ofreciera para albergar los cuarteles generales de esa institución, por lo cual su sede actual está en una base estadounidense localizada en Stuttgart, Alemania.<sup>16</sup>

Esta analogía entre las realidades socioeconómicas y el clima cultural y político que precedió a la implosión de la URSS y el que en la actualidad predomina en

---

15. La feroz concentración del ingreso y la riqueza producida en el seno de los capitalismo desarrollados es la tesis central del libro de Thomas Piketty, *Capital in the Twenty-First Century* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2014). Ver asimismo David Harvey, *Seventeen contradictions and the end of capitalism* (Oxford: Oxford University Press, 2014) pp. 164-181.

16. Ver Nick Turse, “¿Qué diablos es el AFRICOM?” en <http://yahel.wordpress.com/2014/06/20/que-diablos-es-el-africom/>.

los Estados Unidos es sumamente aleccionadora. El infundado “pesimismo” y el ingenuo “voluntarismo antiimperialista” con el cual muchas veces se descalifica a quienes desde Latinoamérica planteamos esta visión realista de la decadencia de la superpotencia difícilmente podrían ser atribuidas al ex consejero de seguridad nacional del presidente James Carter y miembro fundador de la Comisión Trilateral. Por supuesto, Estados Unidos seguirá siendo un actor fundamental del sistema internacional, pero sus poderes ya se encuentran recortados y cada día que pasa lo serán más. Las bravuconadas de la Casa Blanca se quedaron en eso. Repasemos unos pocos datos recientes. A principios del corriente año, Obama había amenazado con iniciar el bombardeo de Siria; bastó una enérgica advertencia de Moscú para que, afortunadamente, esos planes fuesen archivados. El asilo diplomático garantizado a Julian Assange y Edward Snowden por Ecuador y Rusia respectivamente habría sido impensable hace apenas una década. La reintegración de Crimea al territorio ruso, al cual había pertenecido durante casi dos siglos, desató un vendaval de protestas que en Washington y Bruselas no trascendieron al plano de la retórica o el de unas inefectivas sanciones económicas. Antes, las maniobras navales conjuntas llevadas a cabo en 2008 entre las armadas de Venezuela y Rusia en el Caribe, el *mare nostrum* del Pentágono, habrían sido objeto de duras represalias cuando no de una explícita y tajante prohibición. Nada de eso ocurrió. Ejemplos de este tipo, en asuntos menos cruciales, se multiplican por doquier. Japón, principal aliado de Estados Unidos en Asia, abandona el dólar en sus transacciones comerciales con Rusia y China al paso que Moscú, pese a las presiones en contrario de Washington, avanza en la recreación de un área económica euroasiática con las ex repúblicas soviéticas como Belarus, Kazajistán, Armenia, Kirgiztan y Tajikistan, y aun de otras, como Siria. Ante todos estos cambios, el imperio solo parece estar en condiciones de refunfunar.

33

## **LA EXTRAORDINARIA IMPORTANCIA DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE**

Llegados a este punto conviene preguntarse por el lugar que Nuestra América ocupa en el dispositivo económico, político, cultural y militar del imperio en esta etapa de transición geopolítica global. Cuestión esta tanto más importante cuanto más insisten gobernantes, funcionarios y académicos estadounidenses —y sus epígonos latinoamericanos y caribeños— que nuestra región carece de importancia en el tablero geopolítico mundial. Según esta opinión las prioridades del imperio serían, en primer lugar Medio Oriente, por su enorme riqueza petrolera y porque allí se encuentran su principal compinche

regional, Israel, y quien hasta hace pocos meses era su declarado enemigo, Irán; luego vendría Europa, aliada incondicional, gran socia comercial y cómplice de cuantas aventuras imperialistas haya lanzado la Casa Blanca; en tercer lugar asoma el Extremo Oriente, por China, las dos Coreas y Japón; en cuarto lugar, Asia Central, importante por su potencial petrolero y gasífero, y como espacio privilegiado para crear un dique de contención del fundamentalismo islámico. Finalmente, disputando un intrascendente quinto lugar palmo a palmo con África aparecería Nuestra América, mendigando compasión, caridad y buenos modales. Tal como se demuestra en nuestro libro, este “relato oficial” del imperio constituye una de las más colosales falacias de la historia diplomática universal.

34

Porque si las cosas fueran como lo asegura esta torpe interpretación histórica, ¿cómo explicar la inquietante paradoja de que una región como América Latina y el Caribe, tan irrelevante según propios y ajenos, haya sido la destinataria de la primera doctrina de política exterior elaborada por Estados Unidos en toda su historia? Esto ocurrió tan tempranamente como en 1823, es decir, un año antes de la Batalla de Ayacucho, que puso fin al imperio español en América del Sur. Naturalmente, se trata de la Doctrina Monroe, que con sus circunstanciales adaptaciones y actualizaciones —entre ellas, el infame Corolario Roosevelt— ha venido orientando la conducta de la Casa Blanca hasta el día de hoy. Habría de transcurrir casi un siglo para que Washington diera a luz, en 1918, una nueva doctrina de política exterior, la Doctrina Wilson, esta vez referida al teatro europeo convulsionado por el triunfo de la Revolución Rusa, la carnicería de la Primera Guerra Mundial y el inminente derrumbe de dos imperios, el alemán y el austro-húngaro, que junto al derrotado zarismo eran el baluarte de la reacción en Europa. No es un dato anecdótico que esta doctrina para Europa haya sido elaborada mucho después de otra relativa a un área “irrelevante” como América Latina y el Caribe.

La tercera doctrina de política exterior que elabora Washington es la de la “contención”, también conocida como la Doctrina Truman, aunque su creador no fue el presidente Harry Truman sino uno de los diplomáticos, politólogos e historiadores más importantes de Estados Unidos a lo largo del siglo xx: George F. Kennan. Fue Kennan quien en 1946 envió el célebre “Largo Telegrama” al presidente Truman en su calidad de embajador adjunto de los Estados Unidos en Moscú. En dicho documento, aconsejaba a la Casa Blanca adoptar una política para contener lo que a su juicio era un incontrolable expansionismo soviético, especialmente en las áreas de mayor importancia estratégica para Estados Unidos. Un año más tarde publicaría, sobre la base de aquel telegrama y con el título “Las fuentes de la conducta soviética”, un artículo en *Foreign Affairs*, “la” revista del establishment norteamericano, que influiría profunda y duraderamente en el

curso de la política exterior estadounidense. En 1948 Truman adopta las ideas de Kennan y las hace suyas, dando lugar a una nueva doctrina de política exterior: la “contención” y, su corolario, la Guerra Fría. Para erigir una barrera a la expansión soviética en áreas de interés estratégico para Washington, Truman apresura la firma de una serie de tratados militares en diversas regiones: lo hace en abril de 1949 con Gran Bretaña, Francia, Canadá y otros países europeos dando creación a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). En 1952 firma el ANZUS, un tratado con Australia, Nueva Zelanda para garantizar la presencia de Estados Unidos en el Pacífico, mismo que, recargado, continúa en vigencia hasta el día de hoy; en 1954 lo hace con una serie de países del Lejano Oriente, el SEATO (South East Asia Treaty Organization), disuelto en 1977; al año siguiente firma el CENTO (Central Eastern Treaty Organization) que nuclea a varios países del Medio Oriente, entre ellos Irán, Irak, Paquistán, Turquía e incluyendo asimismo al Reino Unido. El CENTO fue desahuciado en 1979. Y con América Latina y el Caribe, ¿no firmó Estados Unidos un tratado político-militar para contener al comunismo? ¡Claro que sí! Y como corresponde a un área tan poco prioritaria, como se dice corrientemente, ¡fue el primer tratado de todos cuantos firmara Washington! Lo dejó plasmado en 1947 y es el tristemente célebre Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) que en síntesis dice que cualquier ataque por parte de una potencia externa a un país de las Américas sería respondido solidariamente por todos ellos. Lo de “potencia externa” era un eufemismo para referirse a la Unión Soviética. Cuando ese ataque sobrevino, en 1982, con ocasión de la Guerra de las Malvinas, Washington se olvidó del TIAR y se puso del lado de Gran Bretaña, suministrándole apoyo logístico y de inteligencia que fueron cruciales para su victoria. Pero lo que prueba la secuencia de estos tratados es que Estados Unidos siguió la regla de oro de *first things first*, es decir, lo más importante se atiende primero. Y más importante que controlar la expansión del comunismo en Europa era impedir su propagación en América Latina y el Caribe. Por tanto, aseguraron primero entre nosotros su retaguardia y recién después se preocuparon por la suerte de Europa.

Desde el punto de vista militar uno podría agregar el ejemplo del Comando Sur de las fuerzas armadas de Estados Unidos: fue organizado en 1963 mientras que el CENTCOM, con jurisdicción en Medio Oriente, Norte de África y Asia Central, y especialmente Afganistán e Irak, fue creado recién en 1983 y que el AFRICOM recién, como ya se dijera, en 2008. Por último, cuando bajo el influjo de la inesperada y desafiante Revolución Cubana el Pentágono se decide a utilizar todos los recursos humanos e institucionales de las ciencias sociales para estudiar y prevenir conmociones sociales y revueltas populares en distintas partes del mundo con un multimillonario proyecto de investigación, la primera región

escogida para el estudio es América Latina, con el Proyecto Camelot.<sup>17</sup> Es decir, en cada una de estas iniciativas en el terreno diplomático o militar América Latina y el Caribe invariablemente toman la delantera sobre cualquier otra región del mundo. Y esto por una razón bien sencilla: más allá de la retórica y de las argucias diplomáticas, América Latina es, para los Estados Unidos, la región más importante del planeta. Lo es por su valor estratégico, por su impacto regional y por su extraordinaria dotación de recursos naturales. Es por ello que desde sus primeros años como nación la preocupación de sus gobernantes fue elaborar una postura política apropiada ante esa enorme masa continental que se extendía al sur de las trece colonias originarias. He ahí la génesis profunda de la Doctrina Monroe y de la política coherentemente seguida en relación con nuestros pueblos para perpetuar su sometimiento a los dictados imperiales.

36

### **UNA HOJA DE RUTA HACIA NUESTRA SEGUNDA Y DEFINITIVA INDEPENDENCIA**

Dados estos antecedentes es evidente la necesidad de fortalecer todas las instancias de integración —y, como decía el presidente Hugo Chávez Frías, más que de la integración de la unión— de nuestros pueblos. Para ello será preciso que los gobiernos democráticos y los movimientos populares de la región sean conscientes de cuáles son los objetivos estratégicos de Estados Unidos en la coyuntura actual: primero, destruir a la Revolución Bolivariana y acabar con su gobierno apelando a cualquier recurso, como se hizo en Ucrania y como se está intentando hacer en Siria y, en Nuestra América, en Venezuela en estos días. Segundo, garantizar el control excluyente de la Amazonía. En relación con el primer objetivo, los estrategos del imperio pensaron que la prematura y muy sentida muerte del presidente Hugo Chávez Frías abriría rápidamente las puertas a una “reconquista” estadounidense de Venezuela. Sin embargo, el formidable apoyo popular con que cuenta la Revolución Bolivariana se ha erigido como un obstáculo hasta ahora insuperable para las ambiciones de la Casa Blanca. El chavismo triunfó por escaso margen en las elecciones presidenciales del 14 de abril de 2013 pero lo hizo por una diferencia de casi diez puntos y un millón de votos en las municipales del 8 de diciembre de ese año. Pese a ello la Casa Blanca todavía no reconoció el triunfo de Nicolás Maduro, alentando de este modo las estrategias violentas y sediciosas de un sector de

---

17. Ver Gregorio Selser, *Espionaje en América Latina, el Pentágono y las técnicas sociológicas* (Buenos Aires: Editorial Iguazú, 1966).



la oposición que pretende instaurar un nuevo gobierno tomando el poder por asalto. Estados Unidos alienta todas estas maniobras y persistirá en su empeño porque sabe que la caída del chavismo significaría un durísimo revés para Cuba y un muy rudo golpe para los proyectos emancipatorios en curso —sobre todo en Bolivia y Ecuador— y para los anhelos de todos los movimientos populares de la región. Venezuela es, por lo tanto, en lo inmediato, un blanco estratégico fundamental y el primero que debe ser atacado, desde afuera tanto como desde adentro, echando mano a los enemigos históricos del pueblo venezolano que se desviven por convertirse en obedientes peones del imperio.

En cuanto al segundo objetivo estratégico, el control de la Amazonía, esto cae por su peso con el simple recuento de los enormes bienes comunes que alberga la región: agua, minerales estratégicos, biodiversidad, etc.; y en la periferia de esa cuenca, petróleo. Los documentos oficiales del Pentágono, la CIA, el Consejo Nacional de Seguridad y el Departamento de Estado no ocultan que la segunda mitad de este siglo será caracterizada por cruentas guerras del agua. Se puede vivir sin petróleo pero no sin agua, y Nuestra América tiene una fenomenal cantidad de ese estratégico e irremplazable elemento, amén de los otros que reseñáramos más arriba.<sup>18</sup>

Por lo tanto, la unidad de América Latina es el único camino para nuestra sobrevivencia como sociedades civilizadas e independientes. Una unidad difícil, porque la región está lejos de ser homogénea y si bien están los países del ALBA hay otros que simpatizando con ellos aún no están integrados al proyecto,

---

18. Un dato estadístico ilustra la importancia que Washington le asigna al control de la Amazonía: mientras que Venezuela está rodeada por 13 bases militares norteamericanas (o europeas, como las holandesas de Aruba y Curaçao pero alquiladas a los estadounidenses), Brasil está cercado por 26, si se cuentan las dos del Reino Unido y la OTAN localizadas en las Islas Ascensión y Malvinas, pero pertrechadas con equipamiento norteamericano y con presencia de militares de ese país. Entre ambas locaciones se encuentra, ¡seguramente que por casualidad!, el enorme yacimiento petrolífero brasileño del Presal. Recuérdese que esta ambición por apoderarse de Brasil viene de larga data: documentos recientemente desclasificados del presidente John F. Kennedy demuestran que el golpe militar de abril de 1964 en contra de João Goulart fue planeado, por lo menos con dos años de anticipación, por la Casa Blanca. Kennedy alentaba ese plan mientras recibía en visita oficial a Goulart en Washington. Luego de su derrocamiento, Goulart se exilió en la Argentina, y en diciembre de 1976 falleció supuestamente víctima de un infarto. Hay quienes aseguran que su muerte fue planeada y ejecutada en el marco del siniestro Plan Cóndor. Sobre las revelaciones de Kennedy consultar [www2.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB465/](http://www2.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB465/).

como Argentina, Brasil y Uruguay. Pueden colaborar con las iniciativas del ALBA pero, al menos hasta ahora, no forman parte del mismo. Y hay otros países, tanto en Sudamérica como en el resto del continente, que han sido ganados por el imperio y que en algunos casos podrían desempeñar el papel de dóciles *proxies* operando a favor de Washington al interior de esquemas de integración como la UNASUR y la CELAC.

De lo anterior se desprende la necesidad de consolidar los procesos políticos de izquierda y progresistas en marcha en la región, abroquelarnos en la defensa de Cuba, Venezuela, Bolivia y Ecuador y detener la contraofensiva restauradora lanzada por Estados Unidos que, digámoslo claramente, pretende retrotraer la situación del hemisferio al status quo imperante antes de la Revolución Cubana. Esto se realiza a través de las técnicas del poder “blando” o “inteligente”, que se materializa en golpes “judiciales o parlamentarios” (casos de Honduras y Paraguay) que sustituyen al viejo modelo del golpe militar<sup>19</sup>. O también apoyando la “modernización” de la derecha latinoamericana, reemplazando sus arcaicos discursos, estilos y liderazgos por otros que casi la convierte en una suerte de *aggiornada* socialdemocracia bajo la batuta de Mario Vargas Llosa y sus compinches; el enorme impulso dado a la Alianza del Pacífico, pérfido sustituto del ALCA que encuentra la complicidad de varios gobiernos de la región; la tremenda ofensiva mediática coordinada desde Washington por el GEA, el Grupo de Editores de América, en el entendido que la guerra antisubversiva de nuestros días se libra en el terreno de los medios; y, por último, mediante la instalación de bases militares —ya son 78 las que se encuentran en América Latina y el Caribe— que, junto con la IV Flota, cubren todo el espacio regional. Exigir el retiro de las bases debería convertirse en la voz

38

---

19. Sobre este tema ver los trabajos de Eugene Sharp en el marco del Albert Einstein Institute, un *think tank* que elaboró una serie de manuales para desestabilizar gobiernos considerados hostiles al interés nacional norteamericano y, por lo tanto, satanizados como despóticos o totalitarios. Ejemplos de estos gobiernos son los de Bolivia, Cuba, Ecuador y Venezuela. Arabia Saudita, uno de los regímenes más despóticos y tiránicos del planeta, no entra en esta categorización. Se trata de un buen amigo de Estados Unidos. Uno de los principales teóricos del “poder blando” como complemento, mas no como sustitución, del “poder duro” basado en la fuerza militar es Joseph S. Nye, Jr. Ver su *Soft Power. The means to success in world politics* (Nueva York: Public Affairs, 2004) y su más reciente *The future of power*, *op. cit.* La ex secretaria de Estado de Barack Obama, Hillary Clinton, declaró en numerosas oportunidades que la “resolución” de la crisis libia, con linchamiento de Gadafi incluido, era un ejemplo de “poder inteligente” (*smart power*). En resumen: se trata de un juego de palabras que pretende escamotear el carácter profundamente violento de las actuales estrategias de dominación imperialista.

de orden, lo mismo que la democratización de los medios de comunicación y la adopción de políticas muy estrictas de condena para los países en donde se viole la “cláusula democrática” contemplada en el MERCOSUR y la UNASUR.

Impedir o entorpecer la unión de las naciones sometidas ha sido siempre una regla de oro de los imperios. “Divide y vencerás” ha sido la norma invariable de todos ellos, y en el momento actual su vigencia es mayor que nunca antes. Por eso Washington sabotea sin pausa cualquier iniciativa integradora, sea directa como indirectamente, a través de algunos de sus “caballos de Troya” latinoamericanos. Nada podría ser más corrosivo para los intereses fundamentales del imperio que una UNASUR fuerte y con crecientes capacidades de intervención en los asuntos regionales; o una CELAC plenamente institucionalizada y dotada de eficaces mecanismos de defensa de los intereses nuestroamericanos en el ámbito hemisférico. De hecho, el gran debate, sordo todavía, al interior de ese organismo es si se debe o no institucionalizar y, en caso de que así lo sea, hasta qué punto y cómo. Como simple foro de cumbres anuales a nivel presidencial la CELAC traicionaría el propósito con que la había investido su creador, el Comandante Hugo Chávez Frías. No son bellos discursos lo que necesitan América Latina y el Caribe sino agencias capaces de producir políticas que nos pongan a resguardo de los apetitos del imperio. Otro tanto ocurre con la UNASUR, que en su corta existencia ha tenido un papel sumamente valioso al desactivar tentativas golpistas en Bolivia (2008) y Ecuador (2010), aunque no pudo hacer lo propio en Paraguay, más por las vacilaciones del ex presidente Fernando Lugo que por la inacción o impericia de los funcionarios de la UNASUR. Pocos días después del frustrado golpe de estado en Ecuador, Chávez decía que “una vez más la UNASUR ha demostrado que no nació para hacer política simbólica: supo actuar, en esta difícil coyuntura ecuatoriana, con la misma voluntad política y la misma determinación que en septiembre de 2008 para abortar el golpe de estado que estaba en desarrollo en Bolivia. El hecho de que todos los presidentes nos reuniéramos en Buenos Aires en horas de la noche del mismo 30 de septiembre, para ofrecerle todo nuestro respaldo al gobierno de Correa, es una clara señal, para la derecha, de que el golpismo fascista ya no tiene vida en la América del Sur”.<sup>20</sup> La centralidad que la UNASUR le ha asignado al estudio y a la elaboración de propuestas concretas sobre la candente cuestión de los recursos naturales es otra prueba de la estratégica importancia que en poco tiempo ha adquirido esa institución sudamericana.

---

20. Comandante Hugo Chávez Frías, “Las líneas de Chávez: ¡Salve, oh Patria, mil veces! ¡Oh Patria!” en [www.cubadebate.cu/opinion/2010/10/03/las-lineas-de-chavez-salve-oh-patria-mil-veces-oh-patria/](http://www.cubadebate.cu/opinion/2010/10/03/las-lineas-de-chavez-salve-oh-patria-mil-veces-oh-patria/).

Para resumir: la unión de los pueblos y gobiernos de Nuestra América es condición *sine qua non* del éxito en las luchas por la autodeterminación y soberanía nacionales. Prueba de ello fue, como ya lo mencionáramos, lo ocurrido en el seno de la OEA al repudiar la iniciativa del gobierno de Panamá en nombre de Estados Unidos. Pero el imperio nunca descansa, y en ocasión del secuestro que sufriera el presidente Evo Morales durante su regreso de Rusia Washington movilizó sus peones regionales para impedir que se convocara a una cumbre extraordinaria de presidentes y jefes de estado para responder colectivamente a la agresión incitada por Estados Unidos y perpetrada por sus peones europeos. Esa reunión fue solicitada, en un gesto que lo enaltece una vez más, por el secretario general de la UNASUR, Alí Rodríguez. Pero quien debía convocar dicha reunión era el presidente pro t mpore de la UNASUR, Ollanta Humala, y no lo hizo.  Razones? El incondicional realineamiento del Perú con Estados Unidos, iniciado por Alberto Fujimori, continuado por Alejandro Toledo, profundizado por Alan García, llevado al extremo por el actual presidente, que ha abierto de par en par las puertas de su país al Pentágono y al Comando Sur. En poco tiempo se instalaron en el Perú diez bases militares estadounidenses, y los puertos peruanos son los principales apostaderos donde se reabastece la IV Flota de los Estados Unidos. Una oportuna llamada telefónica de la Casa Blanca seguramente disuadió a Humala de hacer lo que estaba  tica y legalmente obligado a hacer: convocar de urgencia una cumbre extraordinaria de la UNASUR para salir en defensa del presidente Evo Morales.

Para concluir: estamos en medio de una sorda pero importantísima batalla. Tal como se enunciar  al principio, una tesis fundamental para entender la actualidad es la que sostiene que en estas fases de descomposición los imperios se tornan más violentos y agresivos. Sucedió con los imperios romano, otomano, español, portugués, británico y francés. No hay lugar para dudas ni excepciones: lo mismo ocurrirá con el imperio norteamericano.<sup>21</sup>

Como ya se mencion , el objetivo estratégico global de Estados Unidos es retrotraer las relaciones hemisféricas a la condición prevaeciente antes del triunfo de la Revolución Cubana: un continente totalmente sometido al

21. Las atrocidades de la Conquista española empalidecen cuando se las compara con las perpetradas desde la segunda mitad del siglo XVIII en el desesperado intento de la Corona para mantener en sujeción a sus dominios americanos. Los británicos exhibieron su máxima crueldad cuando la India se despert  de su sopor e intent  sacudirse el yugo colonial. Y nada iguala la violencia brutal del colonialismo francés como el baño de sangre practicado en Argelia, en la fase final del imperio francés en África, o la que aplicaran en Vietnam para reprimir las ansias de liberación de su pueblo. El genocidio de los armenios tuvo lugar precisamente cuando el imperio otomano entraba en su irreversible ocaso.

mandato inapelable de Washington. La Casa Blanca, la burguesía imperial y sus peones latinoamericanos trabajan incansablemente en pos de esta restauración. Pero tropiezan con la creciente madurez política de nuestros pueblos, su creciente capacidad organizativa y la fortaleza de los gobiernos de izquierda de la región. Cuba, Venezuela, Bolivia y Ecuador han dado muestras de resistir presiones de todo tipo tendientes a derrocar sus gobiernos y revertir sus procesos revolucionarios. Estados Unidos fracasó en ese intento. Esto demuestra la verdad contenida en el famoso discurso de Fidel en conmemoración del 60° aniversario de su ingreso a la Universidad de La Habana cuando dijo que la Revolución Cubana (y su reflexión alcanza también a los países arriba nombrados) no podrá ser destruida desde afuera, por sus enemigos externos. “Esta Revolución —continuaba Fidel— puede destruirse, los que no pueden destruirla hoy son ellos; nosotros sí, nosotros podemos destruirla, y sería culpa nuestra [...] de nuestros defectos, de nuestros errores, de nuestras desigualdades, de nuestras injusticias”.<sup>22</sup>

Hoy, más que nunca, la unidad de los pueblos de Nuestra América depende de continuar y profundizar el impulso original que le diera el Comandante Hugo Chávez Frías a la UNASUR y la CELAC y la capacidad de los gobiernos que se encuentran a la vanguardia de este proceso para sortear los peligros a los que aludía Fidel. Esto significa un compromiso permanente para mejorar día a día la calidad, eficiencia, transparencia y honestidad administrativa de la gestión gubernamental y de las instituciones de la democracia participativa así como un compromiso igualmente fuerte para empoderar a las clases y capas populares, promoviendo su organización y estimulando su educación general y su formación política. Si así fuera, se garantizaría el logro de los tres atributos que, según Simón Bolívar, hacen a la perfección del gobierno: “la mayor suma de felicidad posible, la mayor suma de seguridad social y la mayor suma de estabilidad política”. Si fracasáramos en el logro de estos objetivos, nuestro triste futuro sería el de quedar para siempre sometidos al dominio de un país, Estados Unidos, que a juicio del Libertador, “parece destinado por la Providencia a plagar la América toda de miserias en nombre de la libertad”. Confiamos en que los años venideros demuestren que ni Bolívar ni Chávez araron en el mar.

41

BUENOS AIRES | 29 DE AGOSTO | 2016

---

22. Discurso pronunciado por Fidel Castro Ruz en el sexagésimo aniversario de su ingreso a la Universidad, La Habana, 17 de noviembre de 2005. Reproducido en *Rebelión*, el 6 de diciembre de 2005.

# BREVE ADVERTENCIA ACERCA DE ESTE LIBRO

ESTE LIBRO ES EL IMPREVISTO RESULTADO DE DOS ACTIVIDADES DIFERENTES. La primera fue una invitación de la entidad cubana Casa de las Américas para participar en un evento que organizó esa prestigiosa institución, inconmovible baluarte de la cultura latinoamericana, a finales de 2010 con el propósito de pasar revista al bicentenario de los procesos independentistas en América Latina.<sup>23</sup> Para esa ocasión, preparé una breve ponencia que resultó ser la semilla de la cual luego, con el paso del tiempo, surgiría este libro.<sup>24</sup> La segunda actividad fue el dictado de un curso sobre el tema, en el segundo semestre de 2011, en el Campus Virtual del Programa Latinoamericano de Educación a Distancia en Ciencias Sociales (PLED). El interés que suscitó entre alumnos, colegas y militantes sociales con quienes examinamos, en diversas apariciones públicas, ideas, hipótesis y datos de diverso tipo sobre la problemática geopolítica de la región nos convenció de la necesidad de transformar las clases del curso en un pequeño libro y, de este modo, facilitar una más amplia difusión de sus contenidos. Esto exigió un esfuerzo de adaptación del lenguaje, dado que una clase preparada para un curso a distancia —donde un equipo de tutores

43

---

23. A lo largo de este libro, cuando hablemos de América Latina o Latinoamérica estaremos refiriéndonos también al Caribe, tanto al hispanohablante como al francófono y al anglófono. América Latina o Latinoamérica serán, entonces, etiquetas a las cuales apelaremos por razones de practicidad y para evitar tener que recargar innecesariamente el texto. Por supuesto, cuando sea necesario establecer distinciones, estas serán oportunamente especificadas para evitar confusiones. Del mismo modo, al utilizar expresiones como Norteamérica y sus derivaciones, no nos estaremos refiriendo a la región geográfica formada por Canadá, Estados Unidos y México, sino, siguiendo un muy extendido uso coloquial, a los Estados Unidos de América

24. “La coyuntura geopolítica de América Latina en 2010”, reproducido en *Memorias del Bicentenario*, coordinado por Aurelio Alonso (La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas, 2011) pp. 28-54.

trabaja en permanente contacto con el estudiante para aclarar dudas o profundizar algunos temas— tiene exigencias distintas que un libro, en donde el lector se enfrenta en soledad con el autor. Además, existen otras cuestiones formales, pero importantes: si en la clase es posible citar autores o fuentes con una cierta laxitud (no siendo imprescindible, por ejemplo, citar la editorial que publicó un libro, o el año exacto de su publicación, o la ciudad donde apareció, pues basta con dar a conocer su autor y su título), no ocurre lo mismo con un libro. En consecuencia, hemos procurado especificar las autoridades citadas o las fuentes que sustentan algunas afirmaciones pero cuidando de no perder el carácter coloquial de la clase y de asegurar una lectura ágil de un tema tan delicado como el que será objeto de análisis en las páginas que siguen.

44

Por otra parte, es preciso también decir que este libro es el corolario natural de otro, escrito conjuntamente con Andrea V. Vlahusic, en donde se analizaron las múltiples y reiteradas violaciones a los derechos humanos que Washington perpetra tanto dentro como fuera de sus fronteras. Ese libro, *El lado oscuro del imperio. La violación de los derechos humanos por Estados Unidos*,<sup>25</sup> aporta buena parte del andamiaje teórico y empírico necesario para interpretar adecuadamente los contenidos más globales incorporados en este libro.

Unas palabras, precisamente, sobre la problemática geopolítica. Se trata de una cuestión que en general la izquierda ha demorado más de lo conveniente en estudiar por una serie de razones que no podemos sino apenas enunciar aquí: concentración en el examen de temas “nacionales”; visión economicista del sistema internacional y del imperialismo; y menosprecio de la geopolítica por la génesis reaccionaria de este pensamiento y por la utilización que de ella hicieron las dictaduras militares latinoamericanas de los años setenta y ochenta del siglo pasado. La generalización del concepto y las teorías de la geopolítica se encuentra en la obra de un geógrafo y general alemán, Karl Ernst Haushofer, quien propuso una visión fuertemente determinista de las relaciones entre espacio y política, y la inevitabilidad de la lucha internacional entre los diferentes Estados para asegurarse lo que, en un concepto de su autoría, calificó como “espacio vital” (*Lebensraum*). El desprestigio de esa teorización se relaciona con el hecho de que fue este concepto de *Lebensraum* el empleado por Hitler para justificar el expansionismo alemán que a la postre culminó con la tragedia de la Segunda Guerra Mundial. Haushofer fundó en 1924 la *Revista de Geopolítica* (*Zeitschrift für Geopolitik*) y en 1934 publicó su obra fundamental: *El poder y la tierra* (*Macht und Erde*) inspirado en la obra de un geógrafo y político británico, Halfor John Mackinder, quien en 1904 escribió un muy influyente

---

25. Publicado por Ediciones Luxemburg en 2009.

artículo: “El pivote geográfico de la historia”. El término, en realidad, había sido acuñado en 1899 por un político conservador sueco, geógrafo y profesor de ciencia política: Johan Rudolf Kjellén. De allí pasó a Gran Bretaña y luego a Alemania. En todo caso, como asegura Gearóid Tuathail, su nacimiento tuvo lugar en un momento histórico signado por el predominio del pensamiento imperialista y racista de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Si hoy reaparece, completamente resignificado en el pensamiento crítico, es porque aporta una perspectiva imprescindible para elaborar una visión crítica del capitalismo en una fase como la actual, signada por el carácter ya global de ese modo de producción, su afiebrada depredación del medio ambiente y las prácticas salvajes de desposesión territorial padecidas por los pueblos en las últimas décadas. No debería sorprendernos entonces que dos de los principales pensadores de nuestro tiempo sean geógrafos marxistas: David Harvey y Milton Santos.<sup>26</sup> Es que la política y la lucha de clases, tanto en lo nacional como en lo internacional, no se desenvuelven en el plano de las ideas o la retórica, sino sobre bases territoriales, y el entrelazamiento entre territorio (con los “bienes públicos o comunes” que los caracterizan), proyectos imperialistas de explotación y desposesión y resistencias populares al despojo requiere inevitablemente un tratamiento en donde el análisis de la geografía y el espacio se articule con la consideración de los factores económicos, sociales, políticos y militares. En tiempos como los actuales, en los que la devastación capitalista del medio ambiente ha llegado a niveles desconocidos en la historia, una reflexión sistemática sobre la geopolítica del imperialismo es más urgente y necesaria que nunca. Tal como lo recordara el Comandante Fidel Castro en su profética intervención en la Cumbre de la Tierra —en Río de Janeiro, junio de 1992—, “una importante especie biológica está en riesgo de desaparecer por la rápida y progresiva liquidación de sus condiciones naturales de vida: el hombre”. Confiamos en que este libro se convierta, como lo aconsejaba el joven Marx, en “un arma de la crítica”,

---

26. Harvey es autor, entre otras obras, de *Los límites del capitalismo y la teoría marxista* (México DF: Fondo de Cultura Económica, 1990), *Espacios del capital: hacia una geografía crítica* (Madrid: AKAL, 2007), *El nuevo imperialismo* (Madrid: AKAL, 2004) y su más reciente *The enigma of capital and the crises of capitalism* (Oxford: Oxford University Press, 2010). Al igual que en el caso de Harvey, la producción de Milton Santos es enorme. Mencionemos apenas dos libros, entre los más sobresalientes: *Por otra globalización. Del pensamiento único a la conciencia universal* (Caracas: Convenio Andrés Bello, 2006) y *La naturaleza del espacio* (Madrid/Barcelona: Ariel, 2000). Para una discusión sobre los antecedentes y los contenidos tradicionales y actuales de la geopolítica ver, a modo de introducción, la antología compilada por Gearóid Tuathail, Simon Dalby y Paul Routledge, *The Geopolitics reader* (Londres: Routledge, 1998).



un instrumento que al sensibilizar a los lectores y las lectoras ante estas ominosas realidades impulse a los explotados y los dominados de Nuestra América a involucrarse activamente en la crucial batalla de ideas de nuestro tiempo y asumir el protagonismo necesario para evitar que un sistema tan inhumano como el capitalismo termine sacrificando a la humanidad en el altar de la tasa de ganancia del capital.